

SOBRE LOS APOCRIFOS

Esta exposición se basa en lo extraído de dos obras confiables

- ◆ Aurelio de Santos Otero – “Los Evangelios Apócrifos” -2da Impresión - BAC - Madrid – 2002.
- ◆ Leonardo Castellani – “El Evangelio de Jesucristo” – Biblioteca Diction – 4ta Edición – Bs As – 1977.

El sentido de la palabra “apócrifo” alude simplemente a un escrito que no está en la lista (canon) de aquellos libros considerados por la Iglesia como parte de la revelación, es decir inspirados.

Al decir libro entendemos “el libro entero con todas sus partes”, tal cual lo expresa el Concilio de Trento.

Noticias de los apócrifos

Se puede afirmar que, salvo alguna excepción rarísima, el mundo tiene noticias de la existencia de los ESCRITOS NO CANONICOS del Nuevo Testamento por la tradición escrita de la Iglesia.

De algunos sabemos simplemente que existieron, ignorando su contenido, pues no llegaron hasta nosotros.

De otros ha habido conocimiento escalonado en el tiempo. Tomemos el ejemplo del “Evangelio según Tomás”:

- ◆ Algunos fragmentos se conocían sin saber que pertenecían a esta obra.
- ◆ Hay 17 citas de esta obra en tres documentos encontrados entre 1897 y 1904 (Papiro Oxyrhynchus 654, Papiro Oxyrhynchus 1 y Papiro Oxyrhynchus 655).
- ◆ El texto completo, de lo que antes se conocía fragmentariamente o por referencias, aparece entre 1945 y 1946 en el pueblo de Nag Hammadi situado a orillas del Nilo en el Alto Egipto.
- ◆ Esta es una de las 52 obras contenidas en 13 volúmenes de una biblioteca gnóstica en lengua copta.
- ◆ El material fue datado entre los siglos II y IV.
- ◆ El manuscrito ha sido datado alrededor del siglo IV.

Contenido de los apócrifos

Está en estricta relación con la intención que llevó al autor a escribirlo y/o con la personalidad del mismo

- ◆ Algunos fueron escritos por heresiarcas que intercalaban o defendían sus errores.
- ◆ Otros, como el Evangelio de Valentino, da la impresión de que su autor fue un delirante atacado de mitomanía religiosa, pues escribió una serie de discursos inconexos que exponen una doctrina gnóstica singularmente extravagante.
- ◆ Y otros responden a la natural curiosidad de los fieles por conocer detalles que no nos traen la seria y sustancial narración de los canónicos; son la primera manifestación de la novelística en torno a Cristo.

Los Santos Padres hicieron uso de algunos, y varios pormenores dignos de fe han pasado a la tradición católica, como ser:

- ◆ Los nombres de los padres de la Virgen (Protoevangelio de Santiago)
- ◆ La presentación de la Virgen en el Templo
- ◆ La historia de la Verónica.

Ninguno de los apócrifos ostenta la majestad, dignidad y realidad vivida de los canónicos.

Actitud razonable frente a una afirmación en contra de lo creído

Lo habitual es recibir la objeción y tratar de resolverla con la respuesta adecuada. Esa es la actitud razonable en todo bien intencionado, pero a veces no da el resultado deseado, por eso hay que estar precavido pues hay dos situaciones que condicionan la manera de responder:

- ◆ Que la objeción esté bien fundamentada: en este caso debe responderse, en lo posible, de inmediato. Ejemplo: predestinación en San Pablo.
- ◆ Que la objeción no tenga fundamentación adecuada: aquí distinguimos según la intención que percibimos en el que la presenta, según:
 - Cuando vemos que hay un deseo de resolver una duda de conocimiento: en este caso hay que guiar el razonamiento haciendo ver que es una cuestión mal planteada, pero de igual manera resolver la duda, ambas cosas con afecto fraterno.
 - Cuando es patente que se quiere poner un obstáculo: en este caso hay que, amablemente, disolver la cuestión con preguntas que pongan en evidencia la irrazonabilidad de la cuestión planteada. Si la actitud del objetante cambia entonces se resuelve la duda.

Revista “NOTICIAS” – 14 de Abril de 2006

El artículo abarca las páginas 78 a 84 y está escrito por Martín Loewy. En esas páginas también están intercalados los recuadros siguientes:

- ◆ Extracto de una teleconferencia realizada a Stephen Emmel, “uno de los científicos que autenticó el manuscrito” (se refiere al Evangelio de Judas). Las respuestas del entrevistado dicen:
 - Que Judas entregó a Jesús solamente para que pudiera ser muerto, y de esa manera se produjera la salvación de los creyentes.
 - Que el acto de entrega fue en cumplimiento de una orden.
 - Que es una explicación sorprendente sobre el rol de Judas.
 - Que no existe texto del cual se pueda decir “esto es un reporte exacto de lo que pasó”.
 - Que es prematuro decir si este documento procede el tiempo de Jesús.
 - Que el documento aporta más información sobre ciertas comunidades gnósticas cristianas del siglo II que sobre el Jesús histórico.
 - Que el documento es una prueba más de que en los primeros tiempos después de Cristo no existía un solo cristianismo sino varios.
- ◆ Nota a F. García Bazán, Investigador del CONICET, Director del Centro de Investigaciones en Filosofía e Historia de las Religiones de la Universidad Kennedy. Inentendible
- ◆ Nota extracto de un artículo de dos médicos australianos. Sin firma. Dan por supuesto:
 - Que la fecha de celebración de la Navidad católica responde estrictamente a la época del año en que efectivamente nació Cristo.
 - Que las 23 pinturas consideradas, en las que el 90% muestran a Jesús sin el abrigo conforme a la época invernal, son testimonios netamente históricos, y no producto de la creación del artista.
 - Si las pinturas son testimonio histórico habría que pensar también en algunas discrepancias en cuanto vestimenta, muebles, instrumentos musicales, etc.
- ◆ Nota sobre el Santo Sudario. Sin firma. Nada nuevo dice y su presencia da la sensación de que fue incluido como un medio más de llamar la atención del lector.

- ◆ Nota sobre una obra de Dan Brown. Sin firma.
- ◆ Nota de Ariel Vázquez Valdez, Biblista y Doctor en Teología.
- ◆ Nota de Malele Penschansky, Periodista y Escritora.

El artículo mayor

El Jesús "histórico", auténtico, apenas se adivina entre los textos sagrados y la influencia de los dogmas. Eso significa que él conoce cuál es el auténtico, pues sabe diferenciarlo del no auténtico.

Existen pocos datos verificables sobre su vida.

Es cierto el relato de Lázaro, pero su muerte es en realidad una patología histérica. (cuerpo en descomposición?)

Es cierto el relato de la tempestad pero explican naturalmente el caminar sobre el agua (también Pedro? Y la tempestad calmada?)

Para Evangelio de Marcos

- En la página 53, bajo el título **Primera Parte: Jesús, el Mesías**, en el segundo párrafo se lee: *"Llama la atención que inmediatamente después de hacer los milagros, en la mayoría de los casos, Jesús manda guardar secreto sobre lo que ha sucedido"*. Los números no coinciden. Entre 1,1 y 8,26 hay relatados 16 milagros concretos y 2 alusiones a curaciones en general. De los 16 concretos en 6 manda guardar secreto y en 10 no. Si tomamos en cuenta que en éstos últimos hay dos multiplicaciones de los panes, en las que es ilógico ordenar secreto, las cifras serían: 14 concretos de los cuales 6 tienen mandato de secreto y 8 no.
- En la página 62, bajo el título **El propósito de Marcos**, en el segundo párrafo se lee: *"Al mismo tiempo que nos da su enseñanza sobre Jesús, Mesías e Hijo de Dios, nos dice que para creer no tenemos que exigir signos, milagros, apariciones, intervenciones fantásticas de Dios. Hay que creer encontrando a Jesús en medio del sufrimiento. La fe que exige Marcos es una fe sin pruebas de ninguna clase"*. Al parecer los números dicen otra cosa, por lo menos respecto de milagros. Concordando los cuatro evangelios, sobre 45 relatos que aluden a milagros, Mateo tiene 29, Marcos tiene 24, Lucas tiene 22 y Juan 9. Además Marcos incluye dos relatos que no están en los otros evangelistas. Otra rareza es que relata la transfiguración, que sin duda es un signo glorioso.
- En la página 62, bajo el título **El propósito de Marcos**, en el cuarto párrafo se lee: *"El Evangelio según San Marcos termina en el cap 16, 8. Los versículos que siguen (16, 9-20) traen un resumen de lo que dicen los otros Evangelios sobre las apariciones del Señor Resucitado"*. En cierto modo es resumen, pero con agregados. Los otros nada dicen acerca que Magdalena había sido exorcizada ni sobre las señales que acompañarán a los que crean.

ORÍGENES

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Orígenes (185-254) es considerado un Padre de la Iglesia, destacado por su erudición.

Vida

Hijo de San Leonidas, nació en Alejandría, y fue discípulo de Clemente de Alejandría y de Ammonio Saccas. Orígenes enseñó el cristianismo a paganos y cristianos. Viajó a Palestina en el año 216, tras ser invitado a dar conferencias sobre las escrituras, pues se caracterizaba por su gran erudición, llegando a ser un gran exégeta. En el año 248 escribió ocho libros Contra Celso. En el año 250 fue encarcelado durante las persecuciones emprendidas por el emperador Decio. Fue sometido a tortura durante un año y murió cuatro años después como consecuencia del maltrato sufrido.

Obra conservada

La obra escrita de Orígenes que ha llegado hasta hoy es más bien escasa. Se encuentra fundamentalmente en citas registradas en crónicas, tratados de otros autores y las traducciones de San Jerónimo y Rufino. No obstante, se conservan Exaplos, los Principios y la Defensa del Cristianismo. En sus libros aseveró que conocía más de veinte versiones de los Evangelios, quejándose por el pésimo estado de conservación de esos documentos y por las malas interpretaciones que hacían aquéllos encargados de escribirlos. En su libro Principios, refiriéndose a estos, dice: "Hay cosas que se nos refieren como si fueran históricas y que jamás han sucedido y que eran imposibles como hechos materiales y otras, aun siendo posibles, tampoco han sucedido".

Contrario a lo que afirman teosofistas como Geddes MacGregor (1978), Orígenes era contrario a la doctrina de la reencarnación. Concedor del concepto a partir de la filosofía griega, afirma que la transmigración "...es ajena a la Iglesia de Dios, no enseñada por los apóstoles, y no apoyada por las Escrituras" (comentario al Evangelio de Mateo, 13:1:46–53) Las teorías que se plantearon posteriormente sobre sus trabajos fueron motivo de controversias, en especial durante la Edad Media. Fue un afanoso combatiente de las teorías anti-cristianas de Celso. En su Comentario sobre el Evangelio de Juan (libro II, capítulo II), Orígenes afirma que el Logos (El Verbo de Dios) es theos (dios) sin el artículo definido ("el"), en cambio el Padre es ho theos (el Dios) con artículo. En la Teología de Orígenes el Hijo de Dios es inferior al Padre y puede ser considerado un "segundo Dios" (deuterios theos).

Ya que nosotros que decimos que el mundo visible está bajo el gobierno del que creó todas las cosas, declare así que el Hijo no es más fuerte que el Padre, sino inferior a Él. Y esta creencia que basamos en el refrán de Jesús mismo, «el Padre que me envió es mayor que yo». Y ninguno de nosotros es tan insano para afirmar que el Hijo del hombre es el Señor sobre Dios.

Contra Celso libro VIII, 15

[...] Y aunque podamos llamarlo "segundo" Dios (deuterios Theos), permítanos hacerles saber que por el término "segundo Dios" no queremos decir nada más que una virtud capaz de la inclusión de todas otras virtudes, y una razón capaz de contener toda la razón en absoluto que existe en todas las cosas [...]

Contra Celso Libro V, 39

En esta cita se puede resumir lo que él afirma sobre el Ser de Dios:

Dios «ni siquiera participa del ser»: porque más bien es participado que participa, siendo participado por los que poseen el Espíritu de Dios. Asimismo, nuestro Salvador no participa de la justicia, sino que siendo la Justicia, los que son justos participan de él. Lo que se refiere al ser requiere un largo discurso y no fácilmente comprensible, particularmente lo que se refiere al Ser en su pleno sentido, que es inmóvil e incorpóreo. Habría que investigar si Dios «está más allá del ser en dignidad y en poder» (Plat. Rep. 509b) haciendo participar en el ser a aquellos que lo participan según su Logos, y al

mismo Logos, o bien si él mismo es ser, aunque se dice invisible por naturaleza en las palabras que se refieren al Salvador: «El cual es imagen del Dios invisible» (Col 1, 15), donde la palabra «invisible» significa «incorpóreo». Habría que investigar también si el unigénito y primogénito de toda criatura ha de ser llamado ser de los seres, idea de las idas y principio, mientras que su Padre y Dios está más allá de todo esto.

Contra Celso libro VI, 64

En esta cita se muestra su visión del Espíritu Santo :

Si es verdad que mediante el Verbo «fueron hechas todas las cosas» (cf. Jn 1, 3), ¿hay que decir que el Espíritu Santo también vino a ser mediante el Verbo? Supongo que si uno se apoya en el texto «mediante él fueron hechas todas las cosas» y afirma que el Espíritu es una realidad derivada, se verá forzado a admitir que el Espíritu Santo vino a ser a través del Verbo, siendo el Verbo anterior al Espíritu. Por el contrario, si uno se niega a admitir que el Espíritu Santo haya venido a ser a través de Cristo, se sigue que habrá de decir que el Espíritu es inengendrado... En cuanto a nosotros, estamos persuadidos de que hay realmente tres personas (hypostaseis), Padre, Hijo y Espíritu Santo; y creemos que sólo el Padre es inengendrado; y proponemos como proposición más verdadera y piadosa que todas las cosas vinieron a existir a través del Verbo, y que de todas ellas el Espíritu Santo es la de dignidad máxima, siendo la primera de todas las cosas que han recibido existencia de Dios a través de Jesucristo. Y tal vez es ésta la razón por la que el Espíritu Santo no recibe la apelación de Hijo de Dios: sólo el Hijo unigénito es hijo por naturaleza y origen, mientras que el Espíritu seguramente depende de él, recibiendo de su persona no sólo el ser sino la sabiduría, la racionalidad, la justicia y todas las otras propiedades que hemos de suponer que posee al participar en las funciones del Hijo [...]

Comentario en Juan libro II, 10

Las enseñanzas de Orígenes contienen muchas especulaciones sobre temas en que la Iglesia Católica Romana de su época no se había definido. Algunas de sus ideas especulativas, como la apocatástasis, fueron consideradas erróneas a la luz del desarrollo posterior de la doctrina católica, que a su vez ha aceptado la validez del resto de sus enseñanzas.

Escuela de Alejandría

De Wikipedia, la enciclopedia libre

En los primeros tiempos del cristianismo, Alejandría aventajaba a Roma en la importancia de sus escuelas. No sin causa era la sede del helenismo. La religión cristiana llegó muy temprano a Alejandría y con ella la necesidad de establecer una catequesis, como se hacía en todas partes en que penetraba la Iglesia (Gal 6, 6). La función de ilustrar a los catecúmenos la confiaba el obispo a un presbítero, cuyas explicaciones seguían personas de toda edad y condición. La Iglesia se desarrollaba en Alejandría en medio de filólogos, de filósofos, de exegetas judíos, de toda índole de sabios; y minada en sus principios por los gnósticos, exigía que su catequesis fuera una escuela elevada y científica. Si bien la religión de Cristo más que una filosofía era una revelación, mal podía aceptarse en Alejandría si no solucionaba muchos problemas ideológicos y llegaba hasta cierto punto a crear una filosofía. Quizá por esto la catequesis de Alejandría se llamó en seguida Didaskallion, «escuela», atribuyéndose su fundación al evangelista San Marcos (Eusebio, Historia eclesiástica, 2, 16; 5, 10: PG 20, 454; San Jerónimo, De viris illustribus, 3, 36; PL 23, 631-651; cfr. J. Salaverri, o. c. en bibl.). Este matiz científico con que el Didaskallion exponía la doctrina de Cristo aparece testimoniado ya en el siglo II, siendo Panteno su primer director conocido, e inmediatamente después de él los célebres

Clemente Alejandrino y Orígenes. Por exigencias de los hechos los jefes del Didaskallion quedaron inmersos en el torbellino de las ideas de Alejandría.

La filosofía de la Escuela

El escepticismo y los sofistas ponían en tela de juicio las doctrinas pitagóricas, académicas y peripatéticas, y luchaban por imponerse el estoicismo, el epicureísmo y el escepticismo. Sobre estas competiciones triunfaban los idealistas y los eclécticos (E. Zeller, *Die Philosophie der Griechen*, III b, 7 ed. Leipzig 1923, 251). El centro de estos movimientos filosóficos era Alejandría. Como en sus puertos se mezclaban las mercancías del Oriente y del Occidente, así en sus escuelas se reunían maestros y discípulos de todo el Imperio romano. De su anhelo de convivencia y de tolerancia sobrevino una mezcla tal de doctrinas que resultaba difícil el distinguirlas entre sí. Con todo, preponderaba el gnosticismo y el neoplatonismo. Aunque el gnosticismo no surgiera en Alejandría, en esta ciudad llegó a su cima, por obra de Basílides, Valentín y Carpócrates, aproximándoseles Marción, a quien no podemos llamar claramente gnóstico, pero que constituyó un grave peligro para la unidad de la Iglesia católica.

El neoplatonismo, aun admitiendo la trascendencia de la divinidad, reaccionó contra el gnosticismo, pero fracasó en su tentativa de restauración filosófica y religiosa. El triunfo sobre el gnosticismo lo consiguió la escuela cristiana de Alejandría, apoyándose en la razón y en la fe. La razón investiga la verdad, siguiendo los principios de la filosofía griega; pero sobre ella está la fe, de la que pensaban así:

- ◆ La materia de la fe nos la impone la Revelación divina; el espíritu humano puede alcanzarla, apropiársela y explicarla, pero no puede incrementarla sustancialmente ni mudarla.
- ◆ La ciencia no puede engrandecer ni elevar la certeza que la fe comunica, ni la materia de la misma fe; pero sí puede lograr una explicación más perfecta de la forma con que se presenta al entendimiento.
- ◆ La fe, base inmutable y regla de la ciencia, es el punto de partida del conocimiento de lo divino; ella suministra los principios que no tienen necesidad de prueba, porque se apoyan en la infalibilidad y veracidad de Dios revelante.
- ◆ La fe atisba los rayos de verdad que puede haber en las enseñanzas paganas, y se fundamenta en la Sagrada Escritura y en la Tradición de la Iglesia.
- ◆ Verdad revelada y ciencia verdadera no pueden oponerse, porque tienen una fuente común, el Verbo de Dios. Por eso el Didaskallion no tiene miedo a la ciencia, ni a la exégesis judía, sino que se sirve de ellas. La filosofía tiene parte de verdad, pero hay que robustecerla con la prestación de toda la verdad, que se halla en el cristianismo. Por otro lado, la exégesis bíblica, floreciente en aquellos días, por obra de Filón, debe completarse con las nuevas revelaciones del Hijo de Dios, que vino a este mundo no a desautorizar el Antiguo Testamento, sino a completarlo.

La teodicea

Clemente de Alejandría. Frente a los intentos de reconstrucción de una religión y de una moral puramente natural, la teología cristiana afirma sus principios primitivos con el marchamo de la Revelación, manifestada en los libros santos y en la tradición sobrenatural, lo cual supone no ya sólo una doctrina filosófica, sino también una ciencia teológica. Acepta la trascendencia de Dios, afirmando la existencia de un Ser superior a todas las cosas, y a todas las categorías del pensamiento. Este Ser supremo no está relegado a la distancia inaccesible y tenebrosa del gnosticismo valentiniano. Dios está presente en la intimidad de todas las cosas, sin confundirse con ellas, como querían los estoicos. Incluso se le puede conocer por medio de las criaturas, como dice la Sagrada Escritura. El cristianismo no pretende negar lo que haya de verdad en la filosofía con relación al hombre y a Dios, aspira a confirmar esa verdad con la autoridad de la palabra divina: «Así como la Ley fue pedagogo que llevó a Cristo a los hebreos, así lo fue la

filosofía para los griegos. La filosofía prepara, pues, y abre el camino para Cristo a aquel que debe ser perfeccionado por el mismo Cristo (Clemente A., Stromata 1, 5). Palabras que, recogidas por San Basilio y San Agustín, pasan a Boecio y Casiodoro, penetran la Escolástica y llegan hasta la teología moderna. «Lo difícil dice Denis para Alejandría no era el no ser conciliadora, sino el no serlo más que en una cierta medida, y el combinar la teología elaborada por los filósofos judíos o griegos, con la tradición apostólica sobre Cristo, sin violentar ni desnaturalizar esta tradición» (o. c. en bibl., p. 7).

Frente al panteísmo estoico, los padres alejandrinos debían exponer la trascendencia de la divinidad y liberarla de las cualidades puramente humanas que el antropomorfismo le confería; frente al gnosticismo, debían atribuirle algunas propiedades análogas a las nuestras, pero en grado eminente. En el primer aspecto se fijó sobre todo Clemente y en el segundo Orígenes. No han faltado teólogos que han exagerado este matiz negativo de la teología de Clemente (cfr. Petau, Theologia dogm., París 1864, cap. 5 n. 6; G. Bardy, o. c. en bibl.), sin advertir que responde a las necesidades impuestas por la controversia. Aunque alguna afirmación resulte ambigua, afirman sin titubeo que Dios está íntimamente presente en las criaturas por su inmensidad; y, aunque es cierto que «a Dios nunca lo ha visto nadie» (Io 1, 18) y que «nadie conoce al Padre mas que el Hijo y a quien el Hijo lo quiera revelar» (Mt 11, 27), Dios es cognoscible de alguna manera por sus criaturas (Clem. Alej., Strom. 1, 29: PG 8, 806), como de hecho los filósofos griegos lograron un conocimiento de Dios, aunque confuso y enigmático (ib., 6, 17: PG 9, 380 ss.). Orígenes enseña que las obras de la Providencia manifiestan las perfecciones de Dios (Princip. 1, 1, 6: PG 16, 124).

De estos conceptos de la teodicea alejandrina deriva el simbolismo que ellos ven en los hechos contingentes y el alegorismo que aplican en la exégesis de la Sagrada Escritura. El Antiguo Testamento no es más que una imagen de la realidad que se presenta en el Nuevo. Otro rasgo característico de los estudiosos alejandrinos es la preocupación moral, sobre todo en Clemente. Clemente es un teólogo moralista. Tal se manifiesta en el Pedagogo y en Stromata sobre todo al tratar los temas de la continencia, del matrimonio, del martirio, etc. (cfr. E. de Fayl, o. c. en la bibl.), y el mismo Orígenes, de suyo más místico, en las Homilías (cfr. P. Batiffol, o. c. en la bibl., p. 123).

Antropología

Con respecto al hombre afirman resueltamente la dignidad humana. El hombre es un ser especial dentro de la creación, por su belleza y por el origen de su alma que no procede por generación (Clem. Alej., Strom. 6: PG 9, 359). Clemente borra del catálogo de los filósofos a todos los resabiados de epicureísmo. Orígenes define al hombre como «animal racional», definición que tanto juego ha de prestar en la filosofía. El cuerpo es corruptible, el alma inmortal. Contra Filón y Plotino, que identifican el alma con la divinidad, afirma Clemente que es «una criatura del Todopoderoso» (ib., 3, 14: PG 8, 1194). Nuestra participación del Logos no es sustancial, sino por gracia.

Frente al determinismo de los gnósticos, Clemente y Orígenes defienden la libertad humana: el bien y el mal no están inherentes ni en el espíritu ni en la materia, sino en el uso que se hace del libre albedrío. Otro punto que luego influirá grandemente en la moral de San Agustín y en la Escolástica es la idea del orden natural, norma de nuestras acciones. Obrar conforme a la ley natural es seguir la voluntad divina. El conocimiento de la Física tiene por objeto investigar el orden que nos lleva a acomodar nuestra vida con la ley natural (Oríg., Prol. in Cant.: PG 13, 75).

De aquí procede la importancia que se da en la escuela de Alejandría a la filosofía griega, como disposición natural para el estudio de la Revelación. Orígenes se sirve de la ciencia de los griegos para la exposición de sus doctrinas, sin identificarse con el espíritu griego. Sigue a Platón en lo posible, para exponer sus ideas, pero se aparta de él cuando la fe cristiana le ofrece la solución de un problema. Las doctrinas de Orígenes no son ni de Platón ni de los estoicos, sino del propio Orígenes y de su tiempo.

Teología

Maestros posteriores: las dos épocas de la Escuela

San Atanasio. En el centro de la enseñanza enciclopédica los doctores alejandrinos pusieron la ciencia de Dios, la Teología. No llegaron a una síntesis en el método teológico, pero entroncaron esta ciencia con los saberes humanos, y esto lo alcanzaron por dos caminos: concibiendo la ciencia profana como un pórtico de la verdadera sabiduría; y considerando las verdades de la fe como principios de síntesis, que robustecen la inteligencia humana. El primer método, ascendente, parte de lo visible para llegar al Ser invisible (es el modo de proceder familiar a San Alberto Magno, Opera omnia, XII, París 1896, 2; y de su discípulo Santo Tomás, Opusc. LXIII, qlII, a3.7); en este sentido formuló Clemente su famosa frase Philosophia ancilla Theologiae (La filosofía es sierva de la teología). El segundo método, en que la razón opera iluminada y sostenida por la fe, tiene su exposición cabal en Clemente (Strom. 2, 11: PG 8, 984); la fe es lo único que puede llevarnos a una verdadera gnosis. Gnosis que, considerada como un desarrollo de la fe, llega a San Agustín, a San Anselmo y a la Escolástica (cfr. Didot, Logique surnaturelle subjective, París 1891, 254 ss.).

Las circunstancias en que hablan del Logos, p. ej., Orígenes contra Sabelio y Berilo, les hacían insistir en la distinción de la personalidad del Verbo, y llegan en algún momento a dar al Hijo un rasgo de ser intermediario entre el Padre y las criaturas (Orig., Contra Celsum, 3, 37: PG 11, 1239). Lo mismo hay que decir de los alejandrinos posteriores, que lucharon contra el sabelianismo, como el obispo Dionisio (247-264), que en su escrito a Armonio y Eufanor, intensificando las expresiones de distinción de la personalidad eterna y divina del Verbo, caía por exceso de celo, como Orígenes, en dicciones que comprometen su igualdad de esencia con el Padre. Lo que un siglo después escribía San Basilio (Epist. 1, 9: PG 32, 267) sobre Dionisio puede aplicarse a la mayoría de los doctores de Alejandría (cfr. J. Lebreton, J. Zeiller, Histoire de l'Église, 2, 1946, 319-332).

Por el mismo camino subordinacionista procedió Teognosto, sucesor de Dionisio en la Escuela (265-282); y Pierio, que sucedió a Teognosto, siguió errando en cuanto al misterio de la Trinidad. Fue necesario llegar a Pedro de Alejandría (ca. el 300) para que en el Didaskallion hubiera un concepto claro sobre la consustancialidad e igualdad del Verbo con el Padre. Pedro corrigió también la doctrina origenista de la preexistencia del alma, y de su encarcelamiento en el cuerpo por un pecado cometido anteriormente. Esta ortodoxia se turbó pronto con la llegada de Arrio. Como él traía un sistema distinto de exégesis, los padres de Alejandría abandonaron la interpretación alegórica y adoptaron el sistema históricogramatical. La Escuela de Alejandría volvió a florecer, y esta vez con una seguridad y ortodoxia admirables. El orientador de esta segunda etapa fue San Atanasio frente a Arrio, seguido del teólogo de la Trinidad, Dídimo el Ciego; como luego lo será San Cirilo frente a Nestorio, explicando como un teólogo moderno la unión hipostática entre el Verbo y la Naturaleza humana de Jesús (v. Encarnación).

Benedicto XVI presenta a Orígenes

Intervención en la audiencia general de este miércoles

CIUDAD DEL VATICANO, miércoles, 25 abril 2007 (ZENIT.org).- Publicamos la intervención de Benedicto XVI en la audiencia general de este miércoles dedicada a presentar la figura del padre apostólico Orígenes.

Queridos hermanos y hermanas:

En nuestras meditaciones sobre las grandes personalidades de la Iglesia antigua, conocemos hoy a una de las más relevantes. Orígenes de Alejandría es realmente una de las personalidades determinantes para todo el desarrollo del pensamiento cristiano. Él recoge la herencia de Clemente de Alejandría, sobre quien hemos meditado el miércoles pasado, y la relanza al futuro de manera tan innovadora que imprime un giro irreversible al desarrollo del pensamiento cristiano. Fue un verdadero «maestro», y así le recordaban con nostalgia y conmoción sus discípulos: no sólo un brillante teólogo, sino un testigo ejemplar de la doctrina que transmitía. «Él enseñó», escribe Eusebio de Cesarea, su entusiasta biógrafo, «que la conducta debe corresponder exactamente a la palabra, y fue sobre todo por esto que, ayudado por la gracia de Dios, indujo a muchos a imitarle» (Hist. Eccl. 6,3,7).

Toda su vida estuvo recorrida por un incesante anhelo de martirio. Tenía diecisiete años cuando, en el décimo año del emperador Septimio Severo, se desató en Alejandría la persecución contra los cristianos. Clemente, su maestro, abandonó la ciudad, y el padre de Orígenes, Leónidas, fue encarcelado. Su hijo ansiaba ardientemente el martirio, pero no pudo cumplir este deseo. Entonces escribió a su padre, exhortándole a no desistir del supremo testimonio de la fe. Y cuando Leónidas fue decapitado, el pequeño Orígenes sintió que debía acoger el ejemplo de su vida. Cuarenta años más tarde, mientras predicaba en Cesarea, hizo esta confesión: «De nada me sirve haber tenido un padre mártir si no tengo una buena conducta y no hago honor a la nobleza de mi estirpe, esto es, al martirio de mi padre y al testimonio que le hizo ilustre en Cristo» (Hom. Ez. 4,8). En una homilía sucesiva –cuando, gracias a la extrema tolerancia del emperador Felipe el Árabe, parecía ya esfumada la eventualidad de un testimonio cruento- Orígenes exclama: «Si Dios me concediera ser lavado en mi sangre, como para recibir el segundo bautismo habiendo aceptado la muerte por Cristo, me alejaría seguro de este mundo... Pero son dichosos los que merecen estas cosas» (Hom. Iud. 7,12). Estas expresiones revelan toda la nostalgia de Orígenes por el bautismo de sangre. Y por fin este irresistible anhelo fue, al menos en parte, complacido. En 250, durante la persecución de Decio, Orígenes fue arrestado y torturado cruelmente. Debilitado por los sufrimientos padecidos, murió algún año después. No tenía aún setenta años.

Hemos aludido a ese «giro irreversible» que Orígenes imprimió a la historia de la teología y del pensamiento cristiano. ¿Pero en qué consiste este hito, esta novedad tan llena de consecuencias? Corresponde en sustancia a la fundación de la teología en la explicación de las Escrituras. Hacer teología era para él esencialmente explicar, comprender la Escritura; o podríamos incluso decir que su teología es la perfecta simbiosis entre teología y exégesis. En verdad, la marca propia de la doctrina origeniana parece residir precisamente en la incesante invitación a pasar de la letra al espíritu de las Escrituras, para progresar en el conocimiento de Dios. Y este llamado «alegorismo», escribió von Baltasar, coincide precisamente «con el desarrollo del dogma cristiano obrado por la enseñanza de los doctores de la Iglesia», los cuales –de una u otra forma- acogieron la «lección» de Orígenes. Así la tradición y el magisterio, fundamento y garantía de la investigación teológica, llegan a configurarse como «Escritura en acto» (cfr. «Origene: il mondo, Cristo e la Chiesa», tr. it., Milano 1972, p. 43). Podemos afirmar por ello que el núcleo central de la inmensa obra literaria de Orígenes consiste en su «triple lectura» de la Biblia. Pero antes de ilustrar esta «lectura» conviene dar una mirada general a la producción literaria del alejandrino. San Jerónimo, en su Epístola 33, cita los títulos de 320 libros y de 310 homilias de Orígenes. Lamentablemente la mayor parte de esta obra se perdió, pero incluso lo poco que queda de ella le convierte en el autor más prolífico de los primeros tres siglos cristianos. Su radio de intereses se extiende de la exégesis al dogma, a la filosofía, a la apologética, a la ascética y a la mística. Es una visión fundamental y global de la vida cristiana.

El núcleo inspirador de esta obra es, como hemos mencionado, la «triple lectura» de las Escrituras desarrollada por Orígenes en el arco de su vida. Con esta expresión

intentamos aludir a las tres modalidades más importantes –entre sí no sucesivas, sino más frecuentemente superpuestas- con las que Orígenes se dedicó al estudio de las Escrituras. Ante todo él leyó la Biblia con la intención de asegurar el texto mejor y de ofrecer de ella la edición más fiable. Éste, por ejemplo, es el primer paso: conocer realmente qué está escrito y conocer lo que esta escritura quería intencional e inicialmente decir. Realizó un gran estudio con este fin y redactó una edición de la Biblia con seis columnas paralelas, de izquierda a derecha, con el texto hebreo en caracteres hebreos –él tuvo también contactos con los rabinos para comprender bien el texto original hebraico de la Biblia-, después el texto hebraico transliterado en caracteres griegos y a continuación cuatro traducciones diferentes en lengua griega, que le permitían comparar las diversas posibilidades de traducción. De aquí el título de «Hexapla» («seis columnas») atribuido a esta enorme sinopsis. Éste es el primer punto: conocer exactamente qué está escrito, el texto como tal. En segundo lugar Orígenes leyó sistemáticamente la Biblia con sus célebres Comentarios. Estos reproducen fielmente las explicaciones que el maestro ofrecía durante la escuela, en Alejandría como en Cesarea. Orígenes avanza casi versículo a versículo, de forma minuciosa, amplia y profunda, con notas de carácter filológico y doctrinal. Él trabaja con gran exactitud para conocer bien qué querían decir los sagrados autores.

Finalmente, también antes de su ordenación presbiteral, Orígenes se dedicó muchísimo a la predicación de la Biblia, adaptándose a un público de composición variada. En cualquier caso, se advierte también en sus Homilías al maestro, del todo dedicado a la interpretación sistemática de la perícopa en examen, poco a poco fraccionada en los sucesivos versículos. También en las Homilías Orígenes aprovecha todas las ocasiones para recordar las diversas dimensiones del sentido de la Sagrada Escritura, que ayudan o expresan un camino en el crecimiento de la fe: existe el sentido «literal», pero éste oculta profundidades que no aparecen en un primer momento; la segunda dimensión es el sentido «moral»: qué debemos hacer viviendo la palabra; y finalmente el sentido «espiritual», o sea, la unidad de la Escritura, que en todo su desarrollo habla de Cristo. Es el Espíritu Santo quien nos hace entender el contenido cristológico y así la unidad de la Escritura en su diversidad. Sería interesante mostrar esto. He intentado un poco, en mi libro «Jesús de Nazaret», señalar en la situación actual estas múltiples dimensiones de la Palabra, de la Sagrada Escritura, que antes debe ser respetada justamente en el sentido histórico. Pero este sentido nos trasciende hacia Cristo, en la luz del Espíritu Santo, y nos muestra el camino, cómo vivir. Se encuentra de ello alusión, por ejemplo, en la novena Homilía sobre los Números, en la que Orígenes compara la Escritura con las nueces: «Así es la doctrina de la Ley y de los Profetas en la escuela de Cristo», afirma la homilía; «amarga es la letra, que es como la corteza; en segundo lugar atraviesas la cáscara, que es la doctrina moral; en tercer lugar hallarás el sentido de los misterios, del que se nutren las almas de los santos en la vida presente y en la futura» (Hom. Num. 9,7).

Sobre todo por esta vía Orígenes llega a promover eficazmente la «lectura cristiana» del Antiguo Testamento, replicando brillantemente el desafío de aquellos herejes –sobre todo gnósticos y marcionitas- que oponían entre sí los dos Testamentos hasta rechazar el Antiguo. Al respecto, en la misma Homilía sobre los Números, el alejandrino afirma: «Yo no llamo a la Ley un “Antiguo Testamento”, si la comprendo en el Espíritu. La Ley se convierte en un “Antiguo Testamento” sólo para los que quieren comprenderla carnalmente», esto es, quedándose en la letra del texto. Pero «para nosotros, que la comprendemos y la aplicamos en el Espíritu y en el sentido del Evangelio, la Ley es siempre nueva, y los dos Testamentos son para nosotros un nuevo Testamento, no a causa de la fecha temporal, sino de la novedad del sentido... En cambio, para el pecador y para los que no respetan la condición de la caridad, también los Evangelios envejecen» (Hom. Num. 9,4).

Os invito –y así concluyo- a acoger en vuestro corazón la enseñanza de este gran maestro en la fe. Él nos recuerda con íntimo entusiasmo que, en la lectura orante de la Escritura y en el coherente compromiso de la vida, la Iglesia siempre se renueva y rejuvenece. La Palabra de Dios, que no envejece jamás, ni se agota nunca, es medio privilegiado para tal fin. Es en efecto la Palabra de Dios la que, por obra del Espíritu Santo, nos guía siempre de nuevo a la verdad completa (cfr. Benedicto XVI, «Ai partecipanti al Congresso Internazionale per il XL anniversario della Costituzione dogmatica “Dei Verbum” », in: «Insegnamenti», vol. I, 2005, pp. 552-553). Y pidamos al Señor que nos dé hoy pensadores, teólogos, exégetas que encuentren esta multidimensionalidad, esta actualidad permanente de la Sagrada Escritura, para alimentarnos realmente del verdadero pan de la vida, de su Palabra.

[Traducción del original italiano realizada por Zenit. Al final de la audiencia, el Papa saludó a los peregrinos en varios idiomas. Estas fueron sus palabras en español]:

Queridos hermanos y hermanas:

Orígenes, uno de los más grandes escritores de la Iglesia de los primeros siglos, fue un testigo ejemplar de la doctrina que transmitía, afirmando que "la conducta debe corresponderse exactamente con la palabra". Su deseo del martirio, recordando a su padre que dio la vida por Cristo, se cumple durante la persecución de Decio, en la cual es arrestado y torturado cruelmente, muriendo algunos años después.

Orígenes imprime un "cambio irreversible" al desarrollo del pensamiento teológico, basado en la explicación de las Escrituras, para progresar en el conocimiento de Dios. La tradición y el magisterio se configuran como "Escritura en acción". El núcleo central de su obra consiste en la "triple lectura" de la Biblia. Sus Comentarios reproducen fielmente las explicaciones que daba, tanto en Alejandría como en Cesarea, y sus Homilías retoman los diversos significados de las Escrituras. Desde el sentido literal, a través de la interpretación oral, los fieles deben llegar al significado espiritual más profundo. Promueve eficazmente la "lectura cristiana" del Antiguo Testamento, haciendo frente al reto de los herejes que oponían los dos Testamentos hasta rechazar el Antiguo. "Para nosotros,- afirma-, los dos Testamentos son un nuevo Testamento".

Saludo a los peregrinos de lengua española, especialmente a los sacerdotes que participan en un curso de actualización, a las Religiosas de la Compañía de María, a los fieles de Palencia, La Coruña, Toledo y Madrid, así como a los de Honduras, México y otros países de América Latina. Os invito a acoger en vuestros corazones las enseñanzas de este gran "maestro" en la fe. Él nos recuerda que la Iglesia siempre se renueva y rejuvenece con la lectura orante de la Sagrada Escritura y el coherente compromiso de vida.

[© Copyright 2007 - Libreria Editrice Vaticana]

Benedicto XVI presenta las enseñanzas de Orígenes sobre la oración y la Iglesia

Intervención en la audiencia general de este miércoles

CIUDAD DEL VATICANO, miércoles, 2 mayo 2007 (ZENIT.org).- Publicamos la intervención de Benedicto XVI durante la audiencia general de este miércoles en la que presentó las enseñanzas sobre la oración y la Iglesia de Orígenes de Alejandría.

Queridos hermanos y hermanas:

La catequesis del miércoles pasado estuvo dedicada a la gran figura de Orígenes, doctor de Alejandría que vivió entre el siglo II y III. En esa catequesis, tomamos en consideración la vida y la producción literaria de este gran maestro, encontrando en su «triple lectura» de la Biblia el núcleo inspirador de toda su obra. Dejé a un lado, para retomarlos hoy, dos aspectos de la doctrina de Orígenes, que considero entre los más importantes y actuales: quiero hablar de sus enseñanzas sobre la oración y sobre la Iglesia.

Enseñanza sobre la oración

En realidad, Orígenes, autor de un importante y siempre actual tratado «Sobre la oración», entrelaza constantemente su producción exegética y teológica con experiencias y sugerencias relativas a la oración. A pesar de toda su riqueza teológica de pensamiento, no es un tratado meramente académico; siempre se fundamenta en la experiencia de la oración, del contacto con Dios.

Desde su punto de vista, la comprensión de las Escrituras exige, no sólo estudio, sino intimidad con Cristo y oración. Está convencido de que el camino privilegiado para conocer a Dios es el amor, y que no existe un auténtico «conocimiento de Cristo» sin enamorarse de él.

En la «Carta a Gregorio», Orígenes recomienda: «Dedcaos a la “lectio” de las divinas Escrituras; aplicaos con perseverancia. Empeñaos en la “lectio” con la intención de creer y agradar a Dios. Si durante la “lectio” te encuentras ante una puerta cerrada, toca y te la abrirá el custodio, de quien Jesús ha dicho: “El guardián se la abrirá”. Aplicándote de este modo a la “lectio divina”, busca con lealtad y confianza inquebrantable en Dios el sentido de las divinas Escrituras, que en ellas se esconde con gran profundidad. Ahora bien, no te contentes con tocar y buscar: para comprender los asuntos de Dios tienes absoluta necesidad de la oración. Precisamente para exhortarnos a la oración, el Salvador no sólo nos ha dicho: “buscad y hallaréis”, y “tocad y se os abrirá”, sino que ha añadido: “Pedid y recibiréis”» (Carta a Gregorio, 4).

Salta a la vista el «papel primordial» desempeñado por Orígenes en la historia de la «lectio divina». El obispo Ambrosio de Milán, quien aprenderá a leer las Escrituras con las obras de Orígenes, la introduce después en Occidente para entregarla a Agustín y a la tradición monástica sucesiva.

Como ya habíamos dicho, el nivel más elevado del conocimiento de Dios, según Orígenes, surge del amor. Lo mismo sucede entre los hombres: uno sólo conoce profundamente al otro si hay amor, si se abren los corazones. Para demostrar esto, él se basa en un significado que en ocasiones se da al verbo «conocer» en hebreo, es decir, cuando se utiliza para expresar el acto del amor humano: «Conoció el hombre a Eva, su mujer, la cual concibió» (Génesis 4,1). De este modo se sugiere que la unión en el amor produce el conocimiento más auténtico. Como el hombre y la mujer son «dos en una sola carne», así Dios y el creyente se hacen «dos en un mismo espíritu».

De este modo, la oración del padre apostólico de Alejandría toca los niveles más elevados de la mística, como lo atestiguan sus «Homilías sobre el Cantar de los Cantares». Puede aplicarse en este sentido un pasaje de la primera «Homilía», en la que Orígenes confiesa: «Con frecuencia --Dios es testigo-- he sentido que el Esposo se me acercaba al máximo; después se iba de repente, y yo no pude encontrar lo que buscaba. De nuevo siento el deseo de su venida, y a veces él vuelve, y cuando se me ha aparecido, cuando le tengo entre las manos, se me vuelve a escapar, y una vez que se ha ido me pongo a buscarle una vez más...» (Homilías sobre el Cantar de los Cantares 1, 7).

Recuerda lo que mi venerado predecesor escribía, como auténtico testigo, en la «Novo millennio ineunte», cuando mostraba a los fieles que la «oración puede avanzar, como verdadero y propio diálogo de amor, hasta hacer que la persona humana sea poseída totalmente por el divino Amado, sensible al impulso del Espíritu y abandonada filialmente en el corazón del Padre». Se trata, seguía diciendo Juan Pablo II; de «un

camino sostenido enteramente por la gracia, el cual, sin embargo, requiere un intenso compromiso espiritual que encuentra también dolorosas purificaciones (la “noche oscura”), pero que llega, de tantas formas posibles, al indecible gozo vivido por los místicos como “unión esponsal”» (número 33).

Enseñanza sobre la Iglesia

Pasemos, por último, a una enseñanza de Orígenes sobre la Iglesia, y más precisamente sobre el sacerdocio común de los fieles. Como afirma en su novena «Homilía sobre el Levítico», «esto nos afecta a todos nosotros» (9, 1). En la misma «Homilía», Orígenes, al referirse a la prohibición hecha a Aarón, tras la muerte de sus dos hijos, de entrar en el «Sancta sanctorum» «en cualquier tiempo» (Levítico 16, 2), exhorta a los fieles con estas palabras: «Esto demuestra que si uno entra a cualquier hora en el santuario, sin la debida preparación, sin estar revestido de los ornamentos pontificales, sin haber preparado las ofrendas prescritas y sin ser propicio a Dios, morirá... Esto nos afecta a todos nosotros. Establece, de hecho, que aprendamos a acceder al altar de Dios. ¿Acaso no sabes que también a ti, es decir, a toda la Iglesia de Dios y al pueblo de los creyentes, ha sido conferido el sacerdocio? Escucha cómo Pedro se dirige a los fieles: “linaje elegido”, dice, “sacerdocio real, nación santa, pueblo que Dios ha adquirido”. Tú, por tanto, tienes el sacerdocio, pues eres “linaje sacerdotal”, y por ello tienes que ofrecer a Dios el sacrificio... Pero para que tú lo puedas ofrecer dignamente, tienes necesidad de vestidos puros, distintos de los comunes a los demás hombres, y te hace falta el fuego divino» (ibídem).

De este modo, por una parte, el hecho de tener «ceñidos los lomos» y los «ornamentos sacerdotales», es decir, la pureza y la honestidad de vida, y por otra, tener la «lámpara siempre encendida», es decir, la fe y la ciencia de las Escrituras, son las condiciones indispensables para el ejercicio del sacerdocio universal, que exige pureza y honestidad de vida, fe y conocimiento de las Escrituras.

Con más razón aún estas condiciones son indispensables, evidentemente, para el ejercicio del sacerdocio ministerial. Estas condiciones --conducta íntegra de vida, pero sobre todo acogida y estudio de la Palabra-- establecen una auténtica «jerarquía de la santidad» en el sacerdocio común de los cristianos. En la cumbre de este camino de perfección, Orígenes pone el martirio.

También en la novena «Homilía sobre el Levítico» alude al «fuego para el holocausto», es decir, a la fe y al conocimiento de las Escrituras, que nunca tiene que apagarse en el altar de quien ejerce el sacerdocio. Después, añade: «Pero, cada uno de nosotros no sólo tiene en sí» el fuego; «sino también el holocausto, y con su holocausto enciende el altar para que arda siempre. Si renuncio a todo lo que poseo y tomo mi cruz y sigo a Cristo, ofrezco mi holocausto en el altar de Dios; y si entrego mi cuerpo para que arda, con caridad, alcanzaré la gloria del martirio, ofrezco mi holocausto sobre el altar de Dios» (9, 9).

Este inagotado camino de perfección «nos afecta a todos nosotros», a condición de que «la mirada de nuestro corazón» se dirija a la contemplación de la Sabiduría y de la Verdad, que es Jesucristo. Al predicar sobre el discurso de Jesús en Nazaret, cuando «en la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él» (Lucas 4, 16-30), Orígenes parece que se dirige precisamente a nosotros: «También hoy, en esta asamblea, vuestros ojos pueden dirigirse al Salvador. Cuando dirijas la mirada más profunda del corazón hacia la contemplación de la Sabiduría de la Verdad y del Hijo único de Dios, entonces tus ojos verán a Dios. ¡Bienaventurada es la asamblea de la que la Escritura dice que los ojos de todos estaban fijos en él! ¡Cuánto desearía que esta asamblea diera un testimonio así, que los ojos de todos, de los no bautizados y de los fieles, de las mujeres, de los hombres y de los muchachos --no los ojos del cuerpo, sino los del alma-- vieran a Jesús! ... Sobre nosotros está impresa la luz de tu rostro, Señor, a quien pertenecen la gloria y la potencia por los siglos de los siglos. ¡Amén!» («Homilía sobre Lucas» 32, 6).

[Traducción del original realizado por Zenit. Al final de la audiencia, el Papa saludó a los peregrinos en varios idiomas. Estas fueron sus palabras en español:]

Queridos hermanos y hermanas:

Orígenes, en su tratado «Sobre la oración», afirma que para comprender las Escrituras es necesaria la intimidad con Cristo y la oración. En su «Carta a Gregorio» recomienda dedicarse a la lectura de las Escrituras divinas con perseverancia, buscando, con lealtad y fe inquebrantable, el sentido de las mismas. Pues, para comprender las cosas de Dios es absolutamente necesaria la oración.

Para Orígenes, el mayor conocimiento de Dios brota de la unión en el amor. Como el hombre y la mujer son «dos en una sola carne», así Dios y el creyente se hacen «dos en un mismo espíritu». De este modo, su oración alcanza los niveles más altos de la mística, como atestiguan sus «Homilías sobre el Cantar de los Cantares». En sus enseñanzas sobre la Iglesia y, en concreto, sobre el sacerdocio común de los fieles, Orígenes dice que la fe y el conocimiento de las Escrituras son condiciones indispensables para el ejercicio del sacerdocio universal y del ministerial. Una conducta íntegra, pero sobre todo la acogida y estudio de la Palabra divina, establecen una verdadera «jerarquía de la santidad» en el sacerdocio común de los cristianos. En la cumbre de este camino de perfección está el martirio.

Saludo cordialmente a los visitantes de lengua española, especialmente a las Religiosas de María Inmaculada, a los peregrinos de Solsona con su Obispo, Monseñor Jaime Traserra, así como a los demás peregrinos de España, México, Paraguay y otros países de América Latina. Próximo ya mi viaje pastoral al Brasil para inaugurar la Quinta Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, pidamos al Señor, por intercesión de la Virgen María, que bendiga ese encuentro eclesial con abundantes frutos, a fin de que todos los cristianos se sientan verdaderos discípulos de Cristo, enviados por Él para evangelizar a sus hermanos con la palabra divina y con el testimonio de la propia vida.

Muchas gracias por vuestra atención.

[© Copyright 2007 - Libreria Editrice Vaticana]

La Escuela de AntioquíaLa escuela de Antioquía fue fundada por Luciano de Samosata (312) en directa oposición a los excesos y fantasías del método alegórico de Orígenes. Esta escuela centraba cuidadosamente la atención en el texto mismo y encaminaba a sus discípulos hacia la interpretación literal y el estudio histórico y gramatical de la Escritura. Los sabios de los dos centros de enseñanza antagónicos tenían conciencia de la profunda diferencia y contradicción fundamental de sus métodos respectivos. En Antioquía, el objetivo de la investigación escriturística era descubrir el sentido más obvio; en Cesárea o en Alejandría, por el contrario, la atención iba dirigida a las figuras de Cristo. Una parte acusaba a la alegoría de destruir el valor de la Biblia como historia del pasado y convertirla en una fábula mitológica; la otra llamaba "carnales" a todos los que se adherían a la letra. A pesar de todo, no existía una contradicción absoluta entre las dos escuelas; antes bien, estaban de acuerdo en toda una tradición exegética; pero cada uno recalca sus propios puntos de vista. Orígenes descubre tipos, no solamente en algunos episodios, sino en todos los detalles de la palabra inspirada. Cada línea está, para él, preñada de misterio. Antioquía, en cambio, estableció como principio fundamental no reconocer, en el Antiguo Testamento, figuras de Cristo más que ocasionalmente. Admitía una prefiguración del Salvador sólo allí donde la semejanza era marcada y la analogía clara. Los tipos forman la excepción, no la regla; la Encarnación, si bien era preparada en todas partes, no estaba prefigurada siempre.

En una palabra, la diversidad de método obedecía a una diferencia de mentalidad que ya se había hecho sentir en la filosofía griega. El idealismo alejandrino y su inclinación a la especulación se debían al influjo de Platón; el realismo y el empirismo de Antioquía eran tributarios de Aristóteles. La primera se inclinaba al misticismo, la segunda al racionalismo.

Los comienzos de la escuela de Antioquía parece que fueron muy modestos. Nunca pudo gloriarse de un director de la talla de Orígenes. A pesar de ello, fue la cuna de una gran tradición exegética. Alcanzó su apogeo bajo la dirección de Diodoro de Tarso, a finales del siglo IV. San Juan Crisóstomo fue su discípulo más preclaro, y Teodoro de Mopsuestia el más extremista. Su tendencia racionalista fue causa de que se convirtiera en autora de herejías; su fundador, Luciano, fue el maestro de Arrio.

PAPÍAS DE HIERÁPOLIS

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Papías de Hierápolis fue uno de los padres apostólicos de la Iglesia católica, canonizado como santo. (h. 69 - h. 150). Fue contemporáneo de los padres apostólicos Policarpo, Justino Mártir y Marción.

Biografía: Eusebio de Cesarea dice que fue obispo de Hierápolis, Frigia (Asia Menor) y san Ireneo de Lyon que fue «oyente de Juan, compañero de Policarpo de Esmirna, varón antiguo»; uno, sin duda, de los que integraban el grupo de los denominados «presbíteros asiáticos» de los que habla el obispo de Lyon. La vida de Papías fue paralela con la de Policarpo, aunque es poco probable que alcanzase la edad del obispo de Esmirna. Murió, a lo que parece, hacia el 150. En algunas obras le trata de mártir, si bien en unos casos se corresponde con errores de identificación, y en otros la información no es suficiente.

El prestigio de Papías fue grande en la Antigüedad, siendo tenido en gran estima por san Ireneo. En cambio, Eusebio no parece compartir esta estima, llegando a decir que Papías fue «un varón de mediocre inteligencia, como demuestran sus libros» (Hist. Ecl. III,39,13); pone además en tela de juicio el hecho de que fuese auditor directo del apóstol Juan: después de haber seguido en su Crónica el parecer de san Ireneo y de san Jerónimo, se aparta de éstos en su Historia, fundando su opinión en las primeras palabras de la obra de Pausías (III,39,2); según el obispo cesariense, Papías no fue discípulo de Juan el Evangelista, sino de Juan el Presbítero. No parece avalar el parecer de Eusebio el hecho de la doctrina quiliasta de Papías se explicaría fácilmente en un discípulo directo de Juan Evangelista. El deseo de desacreditar al milenarismo por parte de algunos ya desde la Antigüedad explicaría la forma en que Eusebio de Cesarea lo trata en su "Historia Eclesiástica". Pero, como registra la historia, milenaristas fueron la mayoría, si no es que casi todos, los Padres de la Iglesia primitiva.

Escritos: Siendo ya obispo de Hierápolis, Papías escribió un tratado en cinco libros titulado Explicación de los Dichos del Señor. Esta obra fue compuesta hacia el 130, según resulta de la referencia que en ella se hace al gobierno de Adriano (fragmento XI). Bardenhewer fija la composición entre los años 117 y 139, Adolf von Harnack entre el 140 y 160, Batiffol hacia 150. Es una de las primeras exégesis de los dichos (logias) de Jesús de Nazaret. Como fuentes utiliza el autor los evangelios de Mateo, Marcos y Juan y, además, las enseñanzas orales de los familiares de los apóstoles y tal vez los testimonios de las hijas del apóstol Felipe, que vivían en Hierápolis. El conjunto de su obra se perdió, y sólo quedaron fragmentos del prefacio, citados por Eusebio, lo que dificulta enormemente un análisis con cierto rigor de la obra.

En el prefacio de su obra resume Papías el fin que pretende:

No dudaré en ofrecerte, ordenadas juntamente con mis interpretaciones, cuantas noticias un día aprendí y grabé bien en mi memoria, seguro como estoy de su verdad. Porque no me complacía yo, como hacen la mayor parte, en los que mucho hablan, sino en los que dicen la verdad; ni en los que recuerdan mandamientos ajenos, sino en los que recuerdan los que fueron mandados por el Señor a nuestra fe y proceden de la verdad misma. Y si se daba el caso de venir alguno de los que habían seguido a los ancianos, yo trataba de discernir los discursos de los ancianos: qué había dicho Andrés, qué Pedro, qué Felipe, qué Tomás o Santiago, o qué Juan o Mateo o cualquier otro de los discípulos del Señor; igualmente, lo que dice Aristión y el anciano Juan, discípulos del Señor. Porque no pensaba yo que los libros pudieran serme de tanto provecho como lo que viene de la palabra viva y permanente

(Eusebio, Hist. Ecl. III, 39,3-4)

En esta obra, Papías no sólo explica el sentido de las palabras de Cristo y narra también relatos de su vida, tomados de los evangelios, sino que añade otras, e incluso presenta historias maravillosas, que dice que le llegaron por vía de transmisión oral. De estos escritos de Papías que tuvieron en sus manos Ireneo de Lyon, Eusebio de Cesarea, Felipe de Side y Andrés de Cesárea, quedan pequeños fragmentos, recogidos casi todos ellos por el obispo de Cesarea en su Historia Eclesiástica.

Doctrina [editar]Entre los fragmentos que Eusebio nos ha transmitido de la obra de Papías se encuentran dos observaciones sobre los dos primeros evangelios que arrojan luz sobre su origen. Con respecto al evangelio de Marcos, dice Papías:

El anciano decía también lo siguiente: Marcos, que fue el intérprete de Pedro, puso puntualmente por escrito, aunque no con orden, cuantas cosas recordó referentes a los dichos y hechos del Señor. Porque ni había oído al Señor ni le había seguido, sino que más tarde, como dije, siguió a Pedro, quien daba sus instrucciones según sus necesidades, pero no como quien compone una ordenación de las sentencias del Señor. De suerte que en nada faltó Marcos, poniendo por escrito algunas de aquellas cosas, tal como las recordaba. Porque en una sola cosa puso cuidado: en no omitir nada de lo que había oído y en no mentir absolutamente en ellas

(Eusebio, Hist. Ecl. III,39,15)

Por lo que se refiere al evangelio de Mateo, Eusebio cita estas palabras de Papías: «Mateo ordenó en lengua hebrea los dichos del Señor y cada uno las interpretó [tradujo] conforme a su capacidad» (Hist. Ecl. III,39,16). Esta afirmación prueba que en tiempos de Papías la obra original de Mateo ya había conocido algunas traducciones, entre ellas, es lógico suponerlo, la griega. Estas traducciones no hay por qué pensar que fuesen auténticas versiones escritas; es más, el tenor de la frase de Papías hace suponer, por el contrario, que se trataba de versiones orales, en lengua vernácula, de las perícopas contenidas en el evangelio.

Otro de los fragmentos del obispo de Hierápolis, el del prefacio de su obra ya citado, suscita una cuestión no resuelta hasta ahora unánimemente por los investigadores: la identificación de los dos Juanes, nombrados por él entre los garantes de la ortodoxia de su doctrina: Juan el Apóstol y Juan el Presbítero. Queda por determinar si son dos o uno, porque los equipara incluso a la autoridad del testimonio doctrinal. Sin embargo, no es necesario que se vea la presencia de dos hombres diferentes de nombre Juan. Juan el Apóstol obviamente era un anciano (presbítero) de la Iglesia primitiva. Y después de haber sufrido prisión en la isla de Patmos, la tradición es unánime en decir que el apóstol

se estableció en Éfeso, desde donde todavía se menciona que hacía algunos viajes de predicación y donde habría escrito no solamente su Apocalipsis ("Revelación"), sino también el evangelio que lleva su nombre.

Otros fragmentos de la obra de Papías contienen leyendas e historias, más o menos fabulosas. El hecho de no contar con la obra de Papías en la actualidad hace difícil determinar si lo que se dice que escribió realmente lo escribió o si se trata de citas tomadas fuera de su contexto. Eso hace que se mantenga la controversia en cuanto a la enseñanza y doctrina de este hombre que fue una figura muy importante en la Iglesia de su tiempo, al grado que Ireneo de Lyon lo cita como autoritativo para temas como el reinado milenarismo de Cristo sobre la Tierra.

Y así por el estilo, inserta Papías otros relatos como llegados a él por tradición oral, lo mismo que algunas enseñanzas suyas y algunas otras cosas que tienen aún mayores visos de fábula. Entre esas fábulas hay que contar no sé qué milenio de años que dice ha de venir después de la resurrección de entre los muertos y que el reino de Cristo se ha de establecer corporalmente en esta tierra nuestra; opinión que tuvo, a lo que creo, por haber interpretado mal Papías las explicaciones de los Apóstoles y no haber visto el sentido de lo que ellos decían místicamente en ejemplos... [y otras narraciones] que tienen aún mayores visos de fábula

Eusebio

Son leyendas del fin de Judas, el asesinato de Juan, hermano de Santiago, perpetrado por los judíos y también lo que él había oído decir a las hijas de Felipe, que residían en Hierápolis; según dice, le hablaron de los milagros que habían sucedido en sus días: de la resurrección de la madre de Manaimo y de la historia del justo Barsabás, que se tragó una porción de veneno sin experimentar efecto alguno. No obstante, como ya se ha dicho más arriba, la atribución del texto a Papías es discutida.

Juicio crítico Papías es uno de los personajes más discutidos de la antigüedad cristiana, a pesar de que sólo nos han llegado pequeños fragmentos de su obra o tal vez por eso mismo. Desde Eusebio ya sus relaciones con el apóstol Juan y su testimonio acerca de los evangelios de Marcos y Mateo, son objeto permanente de estudios críticos; algo análogo sucede con su milenarismo. No resulta por eso fácil enjuiciar a Papías.

Aparece como un autor un tanto confuso, a pesar de su deseo de informarse de la verdad y pese a su celo por beber en las más genuinas fuentes de la tradición. Pero lo que hace importante la obra de Papías y notabilísima su contribución a la historia del dogma cristiano: el testimonio que nos brinda sobre la transmisión de la enseñanza oral de los discípulos de los apóstoles y su conservación en los evangelios.

